

ciocho exactamente, al cabo de los cuales entrega el poder a Istúriz. El gobierno de éste produce alarma y hay algunas sublevaciones militares, entre ellas un pronunciamiento en Galicia que tiene importancia porque se encuentra complicado en él el infante don Enrique, duque de Sevilla, hijo de Francisco de Paula y de Luisa Carlota y hermano del futuro rey consorte, Francisco de Asís.

En febrero de 1847 es Presidente del Consejo el marqués de Casa Irujo, substituído al poco tiempo por Juan Francisco Pacheco quien, ante la oposición de los liberales, suspende las sesiones de Cortes y aconseja a la reina una amplia amnistía. Hay todavía un gobierno presidido por José Salamanca que dura poco más de un mes (31 de agosto - 4 de octubre de 1847).

Mientras tanto los carlistas han vuelto a la lucha, los liberales al ataque y, como en todas las situaciones graves por las que ha de pasar Isabel II en su reinado, reaparece Narváez, esta vez —acomodaticio como era— con la piel del cordero y con un falso programa liberal. Es cuando regresa Prim.

## EL CASAMIENTO DE LA REINA

Como hemos dicho, estos cambios y la aparente evolución de los gobiernos obedecieron, más que a otro motivo, al arduo problema de escoger novio para Isabel II. Esta había sido la preocupación máxima de María Cristina desde su regreso a España. Después de su experiencia con Fernando VII y con Fernando Muñoz, la reina madre comprendía sin duda que el matrimonio de los reyes decide muchas veces el curso de los acontecimientos políticos. No por pensarlo mucho resultó bien la boda, pues el marido elegido era el menos indicado para Isabel, interesada ya, a sus quince años, por los generales arrogantes y los civiles indiscretos.

María Cristina tiene un candidato para cada hija, porque hay también que casar a la infanta Luisa Fernanda. El destinado a la reina es el duque de Aumale, y el de la infanta, el duque de Montpensier, ambos hijos del viejo rey de Francia Luis Felipe con quien hizo María Cristina buena amistad durante su permanencia en París cuando la regencia de Espartero. El duque de Montpensier —artes de María Cristina— ya ha hablado con Luisa Fernanda en España y la boda parece concertada. En cuanto al duque de Aumale, príncipe victorioso en Africa, figura aureolada por leyendas heroicas y buen escritor, no parece muy interesado por el proyecto, ya que al poco tiempo, deshaciéndose de las redes, ha contraído matrimonio por su cuenta. Por otro lado, Inglaterra se opone al enlace; por ningún concepto desea pasar el peligro de ver

unidas las coronas de España y Francia y presiona tanto sobre el buen Luis Felipe que le arranca la promesa solemne de que ningún hijo suyo se casará con la niña reina de España.

Entonces hay revista general de posibles esposos, revista que pasan, principalmente, Francia e Inglaterra en una serie incalificable de intrigas y de notas reservadas de sus respectivos embajadores en España. A tanto se llega, que parece que España es el único país que no tiene derecho a intervenir en el asunto. Y a quien desde luego no se toma en cuenta para nada ni se consulta, es a la propia interesada, a la reina Isabel, a pesar de que Martínez de la Rosa exclame en el Congreso —palabras de poeta sin sentido práctico— que “justo es que los reyes tengan alguna parte al contraer unos vínculos que la naturaleza dicta, que apoya la moral, que consagra la religión, y no se entreguen enteramente a la voluntad ajena...” Nadie había de hacrle caso.

Desechada la candidatura de un príncipe francés para Isabel, María Cristina tiene otros dos nombres. El primero es el del conde de Trapini, su hermano, y tío por tanto de Isabel. Esto, que en cualquier país hubiera constituido un obstáculo casi insuperable, en España no se toma siquiera en consideración, y si la candidatura fracasa al fin, es por otros motivos. ¿María Cristina misma no se había casado con su tío Fernando VII? Los Borbones, con sus enlaces y reenlaces, constituyen para el historiador un intrincado laberinto de parentescos absurdos. El otro candidato de María Cristina es Leopoldo de Sajonia Coburgo, sobrino del rey de Bélgica y hermano del rey Fernando de Portugal; basta, no obstante, que el embajador de Francia se dé simplemente cuenta del proyecto para que se desate una ofensiva en contra de él. La reina madre, usando de mil mañas, consigue la aprobación de la reina Victoria de Inglaterra y del gobierno inglés, pero Francia presenta una

especie de ultimátum e Inglaterra cede. La nerviosidad francesa se manifiesta en una entrevista del embajador y el presidente del Consejo; Istúriz, cansado ya, le dice que la reina se casará con quien quiera. El diplomático visita entonces a la propia María Cristina. La reina madre, entre sonrisas y afabilidades, con aquella gracia desconcertante que siempre supo tener y que escondía sus contrariedades, le explica que la gestión no tuvo carácter oficial, que ella no cuenta para nada en la política y que sus pasos han sido puramente dictados por el sentimiento materno. Todo resulta muy elegante y discreto, pero María Cristina sufre su segundo fracaso. La candidatura del príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo queda descartada. ¿Y Trapani? Aunque es sostenido por Francia y por todos los Estados italianos, no gusta a los españoles y menos a los liberales. La reina madre, esta vez, renuncia sin lucha, cosa que hace pensar en el poco interés que tuvo en que se realizara el proyecto.

De haberse conseguido la paz entre las ramas borbónicas españolas, hubiera sido quizás una solución para el futuro, complemento indispensable al abrazo de Vergara, el enlace de Isabel, la hija de Fernando VII, con el conde de Montemolín, hijo mayor del pretendiente el infante don Carlos. No es la primera vez que se piensa en ello. En la iniciación misma de la guerra carlista se había acariciado el proyecto, pero ahora, después de la renuncia del hermano de Fernando VII, su hijo mayor, el conde de Montemolín, se hace llamar Carlos VI y sus partidarios no consentirán jamás que caiga en la triste categoría de rey consorte<sup>1</sup>. Tampoco —ni pensarlo— Isabel abdicará la corona para casarse con su primo. La solución no es

<sup>1</sup> El proyecto se atribuye al filósofo catalán Jaime Balmes. La renuncia del pretendiente en favor de su hijo parece íntimamente enlazada con la idea mantenida por Balmes desde el periódico *El Pensamiento de la Nación*.

viable; solamente la sostienen los visionarios de la política que en España, en aquel tiempo, no eran pocos.

¿Con quién, pues, se va a casar la reina? Ante la presión franco-inglesa los periódicos hablan nuevamente de un príncipe español y hay tan sólo uno: Francisco de Asís de Borbón, pues el otro, su hermano, llevado por el remolino de la época, había cometido la gran torpeza de pronunciarse en Galicia.

María Cristina debió su corona y su regencia accidentada a Luisa Carlota; Isabel también le debía el trono. Podía haber, pues, un motivo de reconocimiento hacia el hijo, pero Luisa Carlota —que siempre mantuvo esta ilusión— había muerto ya y a María Cristina no le ofuscan los sentimientos. ¿Cómo va a sacrificar su hija a aquel joven de andares de señorita, de voz sospechosa y a quien nadie —y cuenta ya veinticuatro años— ha podido señalarle un lío de faldas? No es de los tipos que gustan a Isabel, aficionada, como ya se ha dicho, con su precocidad alarmante, a los buenos mozos. Francisco de Asís es pequeño y se le conoce, cosa también alarmante, con el sobrenombre de "Paquita". No; la reina madre decide al fin plantar cara y negarse al enlace. Pero cuando comunica su decisión al ministro de Francia, éste tiene tan sólo una respuesta que sabe de antemano eficaz:

—Así —afirma— habrá también de deshacer la boda de la infanta Luisa Fernanda con el duque de Montpensier.

A María Cristina le han fallado sus artimañas; todas las combinaciones le han fracasado y cuando, descorazonada, se resigna al fin, aparece el máximo obstáculo: Isabel. Nadie había contado con ella; sus ojos pasaban por los retratos de los candidatos con tranquila indiferencia; quizás le había gustado un poco Leopoldo de Sajonia y quién sabe si le interesó Trapani. Lo que ella quería, naturalmente, era un hombre y con ello se contentaba;

que fuera rubio o moreno, de la casa de Orleáns, de Borbón o de Coburgo la tenía sin cuidado. Pero cuando se entera que es precisamente con "Paquita" con quien ha de unir su destino, se rompe la indiferencia y alza el grito de protesta, tan alto que amenaza con la abdicación. No hay palabras maternales, ni razones políticas, ni consideraciones familiares que la arredren; será necesario, al fin, para dominar su terquedad o, por mejor decir, para vencer su legítima defensa, que aparezca el personaje misterioso de Sor Patrocinio. Con palabras zalameras, invocando la religión, pretendidas visiones, el fantasma de la guerra civil complicada con una lucha armada entre Inglaterra y Francia, la monja la convence. El último argumento se basa en que María Cristina no piensa ni por asomo que Luisa Fernanda rompa con Montpensier que llegaría, en caso de abdicación de Isabel, a ser rey consorte de España, es decir, a lo que se ha opuesto el gobierno de la reina Victoria apenas ha sabido por indiscreción descarada de su embajador, que "la reina es núbil desde hace dos horas"<sup>1</sup>.

El novio, Francisco de Asís, está también nervioso y juega sus manos pequeñas, regordetas, en gesticulaciones exageradas ¿Por qué siendo nieto de Godoy —como parece cierto, verdad incluso imprudentemente pregonada por las Cortes de Cádiz que negaron a su padre todo derecho al trono— e hijo de Luisa Carlota, mujer de arrestos y de fuertes decisiones, como ya la conocemos, aparece tan asustadizo ante unas faldas? Le gusta el arte, la pequeña intriga, las lecturas delicadas, el retiro silencioso. Sus mismos compañeros de guarnición en Pamplona, en donde con el grado de coronel ve transcurrir los días con la placidez a que desemboca su temperamento, han disimulado a menudo las sonrisas irónicas, cuando no sar-

<sup>1</sup> Pierre de Luz. *Ob. cit.*, pág. 121.

cásticas, por sus dichos y hechos. ¿Por qué, por un juego complicadísimo de política internacional, ha de casarse con su prima Isabel a la que no ama ni amará nunca y con la que a duras penas establecerá contacto carnal? Además, no le gusta la novia; su cara gorda, sus ojos azules, su tez siempre coloreada de resultas de una enfermedad de la piel, de la que no curará jamás; su cuerpo chiquito y entrado en carnes, le producen repulsión, casi asco. El buen Francisco de Asís intenta desasirse de las redes del matrimonio y lo primero que hace es escribir a su primo, al conde de Montemolín, para que sea él quien se case con Isabel. Para convencerle agita ante él el espantajo de la guerra civil. Montemolín, claro está, no acepta: Carlos VI no puede ser rey consorte. Francisco de Asís, resignado y triste, con la compensación única de ver toda España pendiente de su persona, se traslada a la corte para abrazar a su prometida.

Pocos matrimonios reales españoles habrán sido más desacertados, no sólo por la infelicidad de los cónyuges, sino desde el punto de vista de la tranquilidad del país: al poco tiempo, del enlace —suntuosa ceremonia verificada en palacio y en la que también unen sus vidas la niña de catorce años Luisa Fernanda y el duque de Montpensier—, el gobierno ha de tomar medidas contra la libertad de que disfrutaban los periódicos, porque hablan ya sin recato de la vida privada de la reina. ¿Motivo? El general Serrano obtiene los favores de Isabel, aquellos favores no apreciados por Francisco de Asís. No obstante, el rey consorte está indignado, más que por la infidelidad, pues ya reconoce que él no es el indicado para calmar las ansias de la joven desposada, por el poco disimulo con que Isabel, en el teatro, en palacio y en los paseos muestra su predilección por el "general bonito", como la propia Isabel le llama con cierta graciosa desfachatez. Esto termina con el retiro del rey Francisco al palacio de El

Pardo y el traslado de la reina madre a París mientras el pueblo de Madrid, extraordinariamente dotado para el dicharacho y la burla, moteja con mil nombres vejatorios al rey Francisco que no comparte el lecho de la reina, y se ha casado tan sólo para asegurar la corona de los Borbones en España. Francisco de Asís es, a pesar de todo, un cínico; Dios le libre de matar a Serrano como le aconsejan los absolutistas, y limita sus quejas a la poca discreción de Isabel. En uno de los intentos de reconciliación, o de fingida reconciliación, pues no había de tener otro fin que el de acallar las murmuraciones, cuéntase que dijo al ministro que fué al Pardo para tal objeto: "¡Serrano! ¿Sabes lo que es? Un Godoy fracasado. El otro, al menos, para obtener los favores de mi abuela, había sabido antes hacerse amar de Carlos IV".

La política también osciló en torno de estos desafortunados amores reales; las diversas crisis de gobierno, que anteriormente hemos señalado, obedecieron primero al enlace de la reina, después a la desavenencia de los esposos. En una de ellas se intentó un ministerio Serrano, fracasado al fin por la negativa de Manuel Cortina de "gobernar con un amante de la reina". Así eran de públicos los amores de Isabel que, al poco tiempo, y como para dar más pábulo a las hablillas, substituía a Serrano por un artista de circo. La de "los tristes destinos" empezaba ya a ser la "reina castiza".

Se logra la reconciliación de los esposos; Francisco de Asís cubre las apariencias y se traslada al palacio de Oriente. De momento se amortiguan las murmuraciones, hasta que el pueblo se entera —nada hay tan transparente como las paredes de los alcázares— que los reyes no hacen vida común. Desde aquel momento la reina Isabel es blanco de la maledicencia, a la que contribuyen por igual sus imprudencias y el gusto de los palaciegos por el chisme.